ELIF SHAFAK

"CREO EN LOS SILENCIOS DE LAS HISTORIAS"

Texto
FELIP VIVANCO
Fotografía
FERHAT ELIK

La escritora turca, **voz de los desposeídos** y de los que habitan en los márgenes, aborda la lucha entre el olvido y la memoria en 'La isla del árbol perdido' (Lumen), el relato de una higuera parlante y tres generaciones de turco y grecochipriotas **encadenadas y enfrentadas por el destino** y el exilio

Voz comprometida, voz perseguida, voz firme e inspiradora. Elif Shafak es, en una palabra, Europa. Escritora turca (que no puede ir a su país), nacida en Francia, criada en España y residente en Londres. Es una emigrante que no se cansa de denunciar los abusos a los derechos humanos siempre con historias tupidas donde el drama y la humanidad afloran y triunfan. Después de la incomparable *Mis últimos 10 minutos y 38 segundos en este extraño mundo*, Shafak, finalista del Booker, firma *La isla del árbol perdido* (Lumen), la historia de tres generaciones de greco y turcochipriotas, encadenadas y enfrentadas, marcadas por la guerra civil de 1974 y con la presencia, clave en la novela, de una higuera parlante que guarda secretos cruciales. Cara a cara en Londres: "Cuando escribo, quiero tocar fondo", confiesa.

¿Cómo han sido estos últimos años?

Han supuesto un cambio. La pandemia afectó mi vida, me tocó existencialmente, me planteé el significado de la vida, de la amistad, de mi libertad. Estos tiempos extraños me ayudaron a reforzar mi idea de que, como autora, tengo que levantar la voz y manifestarme sobre asuntos vitales: derechos humanos, la agresión al medio ambiente, la desigualdad...

Sus dos últimas novelas son tupidas e intensas. ¿Le cuesta hacerlo fácil?

Cuando escribo, quiero tocar fondo y tocar el corazón de las cosas, y no sé por qué. Igual está en mi sangre, necesito mirar muy de cerca. Siempre he creído en los silencios, no solo en las historias. Cuando eres escritora persigues historias, pero también te atraen los silencios de aquello que no es fácil contar. Chipre, la división y la guerra, forman parte de esa historia callada. Cómo los vecinos se convierten en enemigos.

Uno lee el libro y piensa en Bucha y en Mariúpol... ¿No aprenderemos nunca?

Me gustaría decir que sí, pero la verdad es que no. Tendríamos que aprender de las similitudes del pasado. No para quedarnos atascados en lo que pasó. Tener memoria es una responsabilidad. Vengo de un lugar que tiene una historia muy rica pero eso no significa que tenga buena memoria. En la sociedad turca se impone la amnesia colectiva y eso es algo peligroso porque acabas cometiendo los mismos errores. Si no te enfrentas a las atrocidades del pasado, nunca tendrás la oportunidad del duelo, del lloro y convertirte en alguien mejor. Si no recordamos, no podemos reparar las heridas personales y colectivas.

> "EN LA SOCIEDAD TURCA SE IMPONE LA AMNESIA Y ESO ES ALGO PELIGROSO"

Usted ha hablado abiertamente del genocidio armenio y lo ha pagado...

"ME INTERESA LA GENTE EMPUJADA A LA PERIFERIA, EL INMIGRANTE RECHAZADO"

UNA MUJER, TRES BIOGRAFÍAS

"Nací en Francia. Mi padre se volvió a casar y mi madre me llevó a Ankara sin dinero ni carrera universitaria. Se habría casado enseguida con un hombre mayor, pero mi abuela dijo que tenía que volver a estudiar. Ella me crió hasta que mi madre tuvo su diploma. Mi abuela era tradicional, supersticiosa, contadora de historias... y me dejó huella".

⋙ Sí, porque es un tabú en mi país. Cuando pronuncias esas palabras te conviertes en un traidor y te tienes que preparar para oír lo más horrible que una se pueda imaginar. Por supuesto, en todos esos mecanismos de crítica hay una buena dosis de machismo y de masculinidad ultranacionalista que proclama: "Nosotros no hemos hecho nada malo".

Las similitudes con España y la Guerra Civil están ahí. Las cita. Existe esa confrontación entre los que dicen "dejemos el pasado en paz" y los que tienen familiares cuyos huesos quieren recuperar.

En efecto, emocionalmente España es muy importante para mí. Pasé algunos años de la infancia y la adolescencia en Madrid. He leído mucho sobre la historia de España, sobre las excavaciones, exhumaciones. He aprendido mucho. La lista de países es tan larga: Argentina, Guatemala, Bosnia, el genocidio de los yazidíes en Irak y Siria...

Usted es turca, ¿pero se aparta de esa identidad a la hora de escribir?

Sí, porque de pequeña te educan de una manera, siempre oyendo historias de los griegos llenas de bulos. He tenido que desaprender mucho. He aprendido que hay un nudo emocional, porque no todo viene del intelecto, pero he tenido que dudar de mis verdades y ver la historia desde otra perspectiva. Por eso creo que la literatura es tan importante, porque nos da flexibilidad intelectual.

La higuera es el principio y el fin de la historia. Un día se fue de Turquía y no volvió más. Si lo hubiese sabido, habría cogido ciertas cosas y una hubiera sido un árbol.

A Estambul ya no he ido más. Llevo 13 años en Londres y al principio iba y venía bastante. Pero desde el 2015 ya no. Turquía es un lugar muy complicado para los escritores y, especialmente, para los periodistas. Para las autoridades, cualquier cosa que escribas puede ser ofensivo, desde la política hasta la sexualidad. Si eres una escritora, existe una capa adicional de sexismo y misoginia que está muy enraizada. No voy, pero la echo de menos. Parte de mi mente y mi alma están ahí constantemente, así que vivo una vida fracturada como inmigrante que soy. Si hubiera sabido que era mi última vez, me habría llevado un árbol, la idea de desenraizar y volver a plantar.

La sexualidad recorre su anterior novela, también late aquí. Usted une a dos parejas de las dos comunidades enfrentadas: una es heterosexual, la otra homosexual.

Quise mostrar que es mucho más duro para un gay existir en un entorno así porque además de luchar contra los prejuicios de tu origen tienes que hacerlo contra la homofobia, el ultranacionalismo, la religiosidad extrema... Siempre me interesó la gente que es empujada a los márgenes, a la periferia. El inmigrante que es rechazado, que funciona como un espejo que no siempre queremos ver.

Les cortas la cabeza a ciertas lacras, y como respuesta, sacan dos.

Sí, porque hay una reacción violenta contra los derechos de las mujeres, del colectivo LGTBI+ y no solo de donde vengo, también en Estados Unidos, territorio a territorio. No niego que haya mejoras, pero también reacciones negativas. El tema del aborto en EE.UU. es una locura. La nostalgia por Franco de la extrema derecha española. La campaña de lavado de cara de Stalin por parte de Putin en Rusia... En Turquía hablan de lo grande que fue el imperio otomano, otro espejismo.

Sus novelas son como una maratón. Cuando las acabas, tienes que descansar dos días seguidos. ¿Cómo fue escribirla?

Fue muy intenso, quería hablar de Chipre desde hace mucho tiempo y de su gente maravillosa. Mientras hablamos sigue existiendo una frontera étnica y religiosa que separa cristianos de musulmanes, grecochipriotas de turcochipriotas, las heridas no han cicatrizado. Fue la naturaleza, los árboles, el ecofeminismo lo que me dio la llave poco a poco. Creo que me arriesgué mucho cuando introduje un árbol parlante en la novela. Mantuve su voz en mi cabeza día y noche. Puede sonar loco, pero estoy muy agradecida a esa higuera, me dio coraje.

Al inicio, la idea de la higuera parlante es rara, arriesgada...

La naturaleza está entre nosotros, a veces ni la vemos ni la oímos, pero está. Hay tantas cosas que no sabemos de los árboles....

Son una metáfora de la vida...

De lo que perdemos, las raíces, las ramas... Hablé con la diáspora chipriota en Londres. Con los griegos, los turcos y también con los chipriotas de origen armenio. Las generaciones más viejas, los que han sufrido los peores traumas, no hablan de ello y se lo quedan dentro y mueren con esos recuerdos. A la siguiente generación no le interesa el pasado, solo adaptarse a un país nuevo, a tener un futuro. Los nietos y bisnietos son los curiosos, los que se preguntan sobre su identidad, los traumas de la familia... De alguna manera la lengua común de la novela es el dolor.

El libro acaba con un glosario griego y turco, mundos tan distintos y tan parecidos, platos que son idénticos aunque se llamen de manera distinta son tan...

...¡Sí! Son muy similares. En este libro quería viajar cruzando fronteras, como una bandada de pájaros que vuela hacia el frío en verano. Las historias y las supersticiones viajan. Las abuelas, tanto las de origen turco como las de origen griego, hacen cosas parecidas para evitar el mal de ojo. Me encanta. La comida también viaja, como esa *guerra del baklava* que tenemos en Oriente Medio, que es de todos y de nadie. Viajan las mariposas, los insectos. Los humanos somos muy arrogantes creyendo que los insectos son insignificantes, los matamos, sin saber que son tan valiosos. Los árboles lo saben. Somos nosotros quienes tenemos que aprender de ellos.

Abrir el libro es como abrir la tapa de una cazuela... ¿Cuál es el menú de su vida? No hace falta que cocine...

Mejor, porque no soy buena cocinera, pero me gusta comer y me gustan los rituales de la cocina, que también es una lengua en sí misma y una manera de unir comunidades. Las abuelas y las tías son fundamentales en ese sentido. Mi menú es cualquier cosa que tenga verduras y aceite de oliva, o marisco y aceite de oliva (risas).